

CANÍCULA

seguido de
COHERENCIA DEL PAISAJE



JUAN F. RIVERO

© Juan F. Rivero, 2016, 2019
© De las fotografías: João Pedro Pinto, 2016, 2019

Para la reproducción editorial, tanto en España como en el ámbito internacional, así como para la traducción de los textos, contáctese con el autor en la siguiente dirección de correo electrónico:

juanfernandezrivero@gmail.com

Quien quiera ser Nerón | Literatura
fernandezrivero.com

[@JuanFRivero_](https://www.instagram.com/JuanFRivero_)

CANÍCULA

SEGUIDO DE

COHERENCIA DEL PAISAJE

Juan F. Rivero



CANÍCULA

*continúo reflexionando sobre ciertos árboles
que mi tartamudeo metamorfosea en canciones*

Bei-Dao

la verdadera poesía es antibiográfica

Paul Celan

El día en que Petr Pavlensky se cosió los labios —un veintitrés de julio, 2012— tú y yo nos encerramos en una habitación de hotel. Ni siquiera miramos los teléfonos, así que no supimos nada hasta que, un par de semanas más tarde, en una crónica sobre la detención de Pussy Riot, algún desconocido mencionó su nombre junto a la palabra «artista». Meses después, un tres de mayo, Pavlensky apareció desnudo y enredado en alambre de espino frente a las puertas de la Asamblea Legislativa de San Petersburgo, mientras nosotros, separados por 8 542 kilómetros de asfalto, tierra y mar, hacíamos una videollamada por primera vez, y tú llorabas. Esta mañana he leído que Petr Pavlensky se ha clavado los testículos al suelo de la plaza Roja de Moscú y ha estado una hora entera contemplándolos bajo la Rusia helada de noviembre. Tú me llamas de nuevo; me dices que a tu padre se le ha terminado el paro, pero que estás contenta porque el piso en el que vamos a vivir, cuando regrese, tiene una chimenea y vamos a poder usarla para cocinar. Salgo al jardín y observo la agonía del otoño; el nuevo tatuaje escuece donde tengo el corazón. No quiero saber nada de Petr Pavlensky.



SERIE DE LAS AUSENCIAS

*un hombre estaba allí de pie sin brazos
los dos nos enfrentábamos
desde un extremo al otro del paso de peatones*

Toshiko Hirata

i

Una cafetería en la que el número de macs aumenta con los golpes del reloj. En la pared se exhiben cuadros a sesenta dólares: una mujer hundiéndose en un lago de color pastel y el torso de una niña con cabeza de ciervo.

La imagen de la niña se parece a ti, o a algún verso de Safo que de alguna forma sí se te parece.

Pienso en ti.

Pienso en la longitud de una costilla al extenderse sobre un pliegue del espacio; pienso en tu nombre escrito en las laderas de mi voz.

El mes está tendido en los tejados de las casas —el mes, con su agonía no estrenada y su caparazón reiterativo—, el mes está tendido encima de las casas; Turquía está a lo lejos, encrespada, como se encrespa el mar al acampar la noche. Ambos cubiertos de silencio gris, versión estándar, el mismo que protege a la ciudad del ruido de los niños masturbándose.

Hay un lugar al fin de la memoria en que el amor se extiende como un gato. Es un lugar poblado por helechos y por líquenes; es el lugar en el que está la línea en que termina la textura.

Llegar a él implica la intuición de una barrera que no podemos más que imaginar: la imagen de la muerte en la pantalla de la vida o, como un glitch, la imagen de la vida en la pantalla de la muerte.

Tú atravesaste el claro y te internaste en él.

El mes no está tendido encima de las casas. No lo está.

La tormenta de ayer se lo llevó como se arrastra a alguien del pelo, como se viola entre seis hombres a una niña que ni siquiera intenta defenderse.

El mes no está tendido encima de las casas.

Salgo a la calle aún a medio formar y observo las raíces de los sauces arrancados.

Soy el hombre sin brazos de Toshiko Hirata,

acabo de cruzármela en la calle y ni siquiera la he reconocido.

Camino sobre el hambre en la ciudad. Hoy la violencia ha desovado círculos de vidrio en las paredes.

CANÍCULA

Siempre puede decirse la verdad en el espacio de una exterioridad salvaje.

Michel Foucault

La habitación (como si fuera fuego en una lámpara de araña), la soledad aislada de las uvas de un racimo. A solo diez centímetros del techo orbita el cuerpo procesado de un nogal. Utilidades varias, libros y un portátil, un hombre de entre veinte y treinta años acostado en una cama sin abrir. Tras dos o tres minutos pasa un coche; alguien que habita el exterior musita un par de frases y abandona el texto. Él tiene la impresión de estar en una especie de terrario o, peor aún, en una incubadora cuyo termostato hubiese reventado provocando una crecida incontrolada del calor, que parece ascender, rizado en ondas, desde el cimiento mismo de la casa.

Una mujer se pone una mordaza y sale a caminar. El escenario es el de una ciudad repleta de carcasas, atestada de algas y animales verborreicos. Ella camina rápido en el centro de la acción, oyendo el deslizarse de los ojos en las cuencas; después llega a un extremo y se detiene, mira hacia atrás y observa sin sorpresa que se encuentra justo al borde de una línea de eucaliptos. Muy lentamente vuelve a respirar, nota cómo el sudor le crece sobre el eje de la espalda y se dispersa en las gargantas de la piel. Cuando mira adelante, sabiéndose otra vez frente a la puerta de su apartamento, se aprieta la mordaza y continúa.

No es una manta oscura lo que envuelve el escenario, sino el público denso como un pie de marabunta. Todos quieren tocar a la cantante, llevarse algo de piel, cabello o ropa, todos ganar una porción del tiempo que protege entre los labios. Dicen que cuando el santo agonizaba en su cenobio, la carne ya incapaz de contener tal cantidad de dios, las monjas que lavaban sus heridas se peleaban por llevarse el hilo y las agujas con las que remendaban sus muñones. Sobre el concierto el aire está vibrando como la superficie de un espejo en el momento de estallar; sin descender, se adhiere a la canícula la música electrónica.

Masmedular e ignífuga, la red, una memoria extensa, inaprehensible, alimentada de ojos y falanges consumidas. En uno de sus bordes, una muchacha busca, escoge y ve pornografía mientras todas las voces del planeta mienten a la vez, multiplicadas en telediarios. Con el primer orgasmo un estertor de fiebre abraza los cristales; una tras otra se suceden, sin abrir, tres contracciones lentas como anillos inconexos. Desde un estrato ajeno al de la casa, luchando por brotar contra el profundo peso del calor —tan similar al de la lana húmeda— se vuelve a repetir la locución de los informativos.

Un hombre pasa andando por la calle —un hombre pasa andando, pasa andando. Las luces de neón, como arbotantes de una iglesia no delimitada, se levantan en tallos yugulares y se ofrecen, dulces, al sacrificio de la integración en una luz más alta y colectiva. El hombre que camina vuelve a casa —casa como el lugar en que los niños, cuando juegan, por medio de un sistema simple de designación (aquel árbol de allí, eso es la casa), consiguen refugiarse del peligro de los otros— y mientras tanto enciende un cigarrillo y mueve la mirada hacia un lugar en el que el cielo le parece de hormigón pintado. Una paloma sucia, casi un ala, sobrevuela la escena. Caen las luces.

EL RUIDO DEL VIENTO

*desolación invernal
en un mundo uniforme
el ruido del viento*

Bashō

Vuelvo a la realidad, al derretirse de las hojas muertas, a la mujer del chino que habla por el móvil y que me da la vuelta sin mirar (apenas hierve luz debajo de los párpados). *

Decir, decir amor sin larvas en la boca,
decir ingenuidad como se dicen felación o espacio, abrir
la enfermedad a esta locura en ciernes, tan vaciada, una
sombra que vaga en busca de su útero. *

Volver.

El peso de los líquenes doblega las paredes de mi cuarto.
Al escribir evito la cascada.

*nísperos silvestres
la madre come
la parte amarga*

Issa

La mano que acaricia la memoria se detendrá al principio
de esta frase. Ven.

Ese vestido te queda precioso. *

Tienes un moratón en la rodilla izquierda.

Me gusta aproximarme desde atrás, acariciarte el pelo,
sentarme en el sillón y contemplar cómo sale la historia del
televisor y tiñe de cocina el rojo de los muebles. Ven.

Ese vestido te queda precioso. *

El moratón se ha convertido en un graffiti que de repente
dice «gringos fuera», que de repente dice «Allahu Akbar»
(frase que puede traducirse bien como «la tarde es un mur-
mullo ciego de hojarasca»). Ven.

Ese vestido te queda precioso. *

La mano que acaricia la memoria vuelve a funcionar.
Tienes los ojos claros como almendros blancos bajo la luz
de un cielo en explosión continua.

*mil pequeños peces blancos
como si hirviera
el color del agua*

Raizan

Hablo con las hogueras de mi espejo, con las paredes blancas de aguantar miradas, con los pechos abiertos que al sangrar sirven de abono a los manjares fértiles; hablo con los vocablos de mi padre y las perseidas de este mes de agosto, con la espina dorsal de la historia de los seres humanos, despiezada y expuesta en las carnicerías, te hablo a ti:

- si os apago los ojos, ¿podréis verme?,
- * si os cierro los oídos, ¿escucharme?,
- ¿si os amputo los brazos moveréis
el corazón como una mano abierta?

*vine y noté
que el bosque tiene dentro
calor de bosque*

Chiyo

Abro los ojos fuera del cansancio y de la luz; la red persiste. Ayer era una niña con zapatos blancos que recorría las calles de Bangkok, Helena hija de Némesis, no Leda. Hoy arañarse es símbolo —la herida como simple incontinencia de la forma que se derrumba en tanto que sonrío, como elegancia en eco de la idea que se deshace al devenir axioma. *

Las cosas duermen dentro de su claridad, siguen sin separarse de mi forma de miraras. He vuelto a despertarme en esta habitación; antes de levantarme volveré a arrancar los brotes de la noche en la almohada.

*

*

*



SOLILOQUIO DEL HÉROE EN LA VENTANA

(Bosnia, agosto de 2014)

Paralela la vida se desnuda en geometrías incansables: un árbol pasa lento por delante del salón, duda un instante y luego se detiene, como el agua sin rol de un fondo de pantalla. Uno ha vivido y hecho tantas cosas, impuesto o asumido tantos juegos que incluso, cierta vez, se denegó a sí mismo el alfabeto, prohibiéndose escribir palabras como seele, love, kokoro, palabras que hasta entonces no le habían parecido peligrosas, pero en las cuales el lugar común, su agotamiento, bañaba de pelusa horizontal su miembro indivisible. Sí, Uno ha vivido y hecho muchas cosas, y cada una de ellas se ha elongado imaginada en su sinapsis: la hundida libertad de los viajes, sus sensaciones tibias, pregrabadas, las curvas concesiones al deseo como dedos torcidos y evidentes, el arco natural de la violencia, del sexo negativo, el arco, el arco. ¿No fue ese mismo Uno aquel que ahogó sus manos en el río Moldova, aquel que caminó por un desierto blanco y se entregó a sus dunas

sinergiales? ¿Acaso no fue el Uno el que, una noche, se descubrió en un coro de quirúrgicos, Uno entre aquellos tres que vieron, mudos, al dios de Apollinaire cambiar de forma? No, Uno no es más que imagen alterada en movimiento, indecisión o decisión cortada en dos mitades. Cuando se denegó a sí mismo el alfabeto estaba en realidad desesperado, trabado en esa gran deflagración que su cabeza conservaba en cuerpos, grados, fases, todo a su vez cuajando el caldo elemental de su existencia como un mar de bacterias consonadas, de transiciones víricas, de espuma. ¿En qué pensar? El agua en la pantalla sigue estando enemistada al borde del abismo; jamás se moverá, seguirá siendo su potencialidad no constatada. ¿Qué diferencia, pues, entre lo almacenado y lo vivido? ¿Cómo diferenciar lo que se dijo de lo que ahora —siempre ahora— se recuerda? Yo era una amante, dices, de las manos de Durero, del tiempo nueve veces el orfebre de la idea; pero tu voz tiembla en lo oscuro como el vientre de una llama, o como un filamento mal hilado cuya vaina de luz se agita y muere. Lo bello es la traición que no acontece, el cumplimiento breve, individuido, de una coherencia siempre inesperada —si toda imagen crea, toda imagen, la luz ha dado lienzos microscópicos—. ¿Salir? ¿Y qué saldría de qué, qué tensa-

ría los arcos hasta el punto en que pudieran distinguirse de sus flechas? En las palabras seele, love, kokoro, en aquel árbol básico que inclina su ramaje hacia el salón, reside el mismo espíritu de sol que en la verdad hidrófoba de un píxel —¡ceci n'est pas une pipe, mais est un pipe!, gritan los marineros de Genet al meditar el *Ave, Maris Stella*—. ¿Qué decir? Paralela la vida se desnuda en geometrías incansables: Bosnia despierta al iniciarse el rezo y cede a un sueño amorfo en cuanto cesa.

En qué momento opípara la noche.

COHERENCIA DEL PAISAJE



ENDO-

Coloca cada mano en una jamba de la puerta. Olvida el tiempo, olvida todo aquello que has tocado hasta este instante —incluso ese zumbido residual, tinnitus subjetivo, debe desaparecer—. Después, con ambos pies descalzos, deja las plantas ser sobre la yerba, divídete en esquejes e imagínalos creciendo lentamente del jardín (un árbol de vesículas biliares, por ejemplo, con el tronco cubierto por dendritas trepadoras). Vuelve: esta es la noche en la que Marco Aurelio decidió escribir en griego por primera vez, la noche en la que Lorca, al adentrarse en Harlem, se convierte en mito, noche en que el mismo fuego hiciera arder las bibliotecas de Bagdad y Alejandría. Tienes la casa quieta entre las manos, cogida por las jambas, y la invades.

GRECIA

Observa.

La madre está pidiéndonos asilo.
La madre que ha esperado en su lugar
comiendo la comida de los pájaros,
la madre atravesada por la garra
sin tacto para el mármol de la historia.

Mira a la madre como un puño abierto
bajo el largo cabello de las nubes.

Decide tú si abrir o condenarla.

Así se han numerado los solares de las casas, pintando en los bordillos, con espray, un código que ni siquiera terminamos de entender. En el 3317 de la calle Linda Vista viven seis personas, cada una con su nombre y con su extraña ficcionalidad, con su sonrisa propia y su creciente colección de objetos personales. Mientras la noche extiende su ramaje como un árbol ebrio, como una tela oscura en el tejado impermeable, las seis personas duermen en su habitación y tienen sueños no relacionados.

En el jardín, la ira se ha igualado a la tristeza. Alguien escribe un mail y en ese mail me dice intenta no centrarte en el dolor, intenta no pensar en nada en absoluto; pero yo sigo estando en el minuto en que los niños muerden las adelfas, y levanto al azar las palmas de las manos. Alguien escribe un mail y en ese mail me dice que me quiere, me dice que la noche está quemando el poco combustible que le queda y que se está expandiendo a nuestro alrededor como una estrella amarga y de color crepúsculo. Dejo el ordenador sobre la mesa y doy pasos a ciegas en la oscuridad. Alguien escribe un mail y en ese mail me dice vuelve a casa.

El olvido, sin duda, es una forma extraña de pureza; se cue-
la por debajo de las puertas y araña la moqueta del salón,
comienza a incursionar por las esquinas y a estimular el
juego de los ácaros. Cuando la luz alcanza la ciudad, des-
pués de haber dormido en el desierto, cuando llega furiosa y
alargada como la mano de un adolescente, viene a tocar sus
crestas de jabón; raro lagarto sin lengua ni patas.

FIEBRE

La quemadura estaba situada
debajo de la base del pulgar;
no era aparatosa,
tampoco dejaría cicatriz
(su vida ya tenía cicatrices);
la noche se había vuelto
a apoderar de sus contornos
y el pecho del otoño,
cuajando su vacío de calor,
se derramaba ya sobre las casas;
detrás de la ventana,
aupada en la quietud
de cuatro hombros,
viajaba la estructura del amor
con su marca de culpa
y su charco de fiebre entre las piernas.

LA MANO SIN COLOR DE LA MAÑANA

*Medí la insoportable vanidad de Occidente, que
no deja de privilegiar al ser frente al no-ser.*

Chris Marker

La mano sin color de la mañana
arrasa la unidad de habitación.
Yo estoy medio dormido y tú te cambias
para ir a dar tus clases de teatro.

Esta noche estuviste hablando solo,
dices, y mientras tanto elevas,
lentamente,
la cremallera del vaquero.

¿Y qué decía? Nada. Un árbol grande
ha florecido enfrente de la casa,
bajo esta misma luz, luego es posible.
Tú ya te has empezado a maquillar.

¿No dije nada? No. La luz ha dado
otra capa de cal a las paredes.
Un ave color tierra está cantando.
La silicona tuerce los cristales.

AMOR CONTRA PANDEMIA

*The features in their private dark
are formed of flesh, but let the false day come...*

Dylan Thomas

Acabas de actuar. En una mesa,
a no mucha distancia de mi cuerpo,
conversas con el resto del reparto
y cambias opiniones con
el escritor —aquí habría que llamarlo
dramaturgo—. Yo me mantengo
al margen, guardo
mi imagen de profeta
en la chamarra, espero
a que disuelva el tiempo estos instantes
tal y como ha disuelto, de improviso,
ese otro cuerpo que antes ocupabas.

Después pasan las horas. Apareces
llorando a solas dentro de la cama,
me preguntas

cómo es posible que una puerta abierta
cierre a la vez el paso a dos andenes.
Más tarde, ya en silencio, contemplamos
cómo una luz aguda y conocida,
condensando las cosas, una a una,
amor contra pandemia, hacia su nombre,
se instala en un talud de la pared
y da lugar a un cuarto, tres manoplas,
un edredón, dos lámparas y un gato.

Quisiera ser capaz
de reiniciar el juego,
volver adonde se hizo el último
guardado, almacenar,
en la memoria externa que me diste,
algunos datos antes de borrar
el disco duro y de arrojarme al Sena
(I'll die in Paris, on a rainy day,
perhaps one Thursday, as today, in autumn...).

Tú acabas de dormirte y yo, sin ti,
observo el envés negro de mis párpados.
Muy lentamente empiezo a naufragar.
No me oye nadie.

INPUT, OUTPUT

Rutinas cerebrales: input, output,
el moribundo dice ¿estás ahí?
Buscábamos a helena
y la encontramos
sobreviviendo al peso de su imagen.

COHERENCIA DEL PAISAJE

Solo en el árbol,
al pasar, se ha mezclado
la brisa con el canto de los pájaros
y el óxido amarillo
de las hojas.

Una mujer azul, bajo
su sombra, saca un smartphone blanco del
bolsillo y busca una palabra en Internet,
revisa sus mensajes y los borra, sin leer-
los. Todo a su alrededor parece disolverse:
los hombres y los niños se suceden sobre
una larga cinta de Moebius, y el cielo de
la tarde da lugar a ese fulgor rojizo en el
que mueren las estrellas. Yo, un caminan-
te más (o su apariencia), paso de largo y
violo la coherencia del paisaje.

CAOS

Apenas tú, principio elemental de la policromía, dócil pájaro negro encaramado al cable, dominas la extensión de tu propia presencia, el canto residual que todas las mañanas actualiza el viento. Casi no te recuerda el paso inadvertido del proyectil que duerme en su parábola; casi no te provoca la brizna que no crece en su lugar exacto. Trénzate, en la espiral común de tu bandada. Desaparece en todos. Cede al orden.

RECUERDO

Recuerdo vertical

todo es paisaje y todo

las flores de sakura

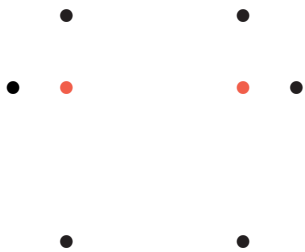
su elipse sin anclaje

—no Nueva York—

se derrumba;

ya no trazan

sobre Riverside.



Nota final

Escribí los poemas que componen este libro entre principios de 2013 y principios de 2016, en distintos lugares de Albuquerque, Sevilla, Sarajevo y Madrid. Una primera versión del conjunto se publicó a finales de ese mismo año, con otro título, otra disposición y algunos poemas que han sido descartados en esta. Tampoco estaban presentes en ella «Endo-», que ahora inicia *Coherencia del paisaje*, ni «desnaturalizar» (incluido únicamente en la contraportada), pues habían sido publicados meses antes en la plaquette *Plural de habitación*, de la que fui co-autor junto con Ana Corroero, Adrián Gabriol y Juan José Ruiz Bellido.

Esta nueva edición que, felizmente, ha coincidido con la entrega editorial de mi segundo poemario, surge de mi deseo de fijar en *Canícula* y *Coherencia del paisaje* la colección completa y depurada de mi poesía anterior, y para ser del todo fiel a ese deseo he presentado el libro sin los paratextos y dedicatorias de la primera edición, así como optado por publicarlo libremente en Internet, de manera que esté a disposición de quien quiera leerlo.

MADRID,
A 7 DE DICIEMBRE DE 2019

Índice

CANÍCULA	5
<i>El día que Petr Pavlensky se cosió los labios</i>	7
Serie de las ausencias	9
<i>i</i>	9
<i>ii</i>	10
<i>iii</i>	11
<i>iv</i>	12
<i>v</i>	13
Canícula	14
<i>La habitación</i>	14
<i>Una mujer se aprieta una mordaza</i>	15
<i>No es una manta oscura lo que envuelve</i>	16
<i>Masmedular e ignífiga</i>	17
<i>Un hombre pasa andando</i>	18
El ruido del viento	19
<i>Vuelvo a la realidad</i>	19
<i>La mano que acaricia la memoria</i>	20
<i>Hablo con las hogueras de mi espejo</i>	21
<i>Abro los ojos fuera del cansancio y de la luz</i>	22
Soliloquio del héroe en la ventana	24

COHERENCIA DEL PAISAJE	27
<i>Endo-</i>	29
<i>Grecia</i>	30
<i>Fragmentos del jardín 3317</i>	31
i	31
ii	32
iii	33
<i>Fiebre</i>	34
<i>La mano sin color de la mañana</i>	35
<i>Amor contra pandemia</i>	37
<i>Input, output</i>	38
<i>Coherencia del paisaje</i>	40
<i>Caos</i>	41
<i>Recuerdo</i>	42
NOTA FINAL	44

Juan F. Rivero (Sevilla, 1991) es poeta, traductor y editor, con especialidad en clásicos literarios y filosofía. Es co-autor de la plaquette *Plural de habitación* (online, 2015) y los poemarios *Canícula* (2016, reed. digital en 2019) y *Las hogueras azules* (2020). Actualmente reside en Madrid.

desnaturalizar
toda belleza, articularla
en restos des-
iguales: deshacer,
re-establecer su hueco
y habitarla.



@JuanFRivero_